

LA CONSTITUCION PRIMARIAMENTE COMUNICATIVA DE LOS DEICTICOS

Teresa Bejarano

Introducción

Los deícticos son indiscutiblemente egocéntricos en el sentido de que su referencia vendría determinada por quién hable, a quién, dónde, cuando...¹ Pero egocéntricos en el otro sentido, en el de que originariamente estarían al margen de la comunicación,² ¿lo son acaso? Es desde luego verdad que todas las percepciones vienen organizadas sobre el esquema corporal, y son por ello egocéntricas; ahora bien, ese egocentrismo de las percepciones, ¿explica la constitución de los deícticos, o nos remite, por el contrario, a buscar la explicación en lo comunicativo?

Pero antes de intentar responder, es necesario que aclaremos qué se ha querido decir con "constitución primaria" de los deícticos. En efecto, si ese término apuntara al origen del significante, en ese supuesto lo anunciado

¹ En la terminología de Russell, los deícticos son "particulares egocéntricos".

² Este otro sentido de egocéntrico, que equivaldría a ajeno al diálogo y a la toma en consideración de los otros, es el que emplea Piaget cuando llama egocéntrico al hablar a solas del niño pequeño. Y es también ese sentido -uno equivalente a solipsista- el que resultaría tener el deíctico "esto" según algún párrafo de Russell en que "esto" se toma para designar la conciencia del hablante, "las experiencias personales subjetivas del hablante", como dice Farrell-Smith, 1989, p. 123, al tratar de la chocante duplicidad de papel que Russell hace desempeñar a los deícticos.

a título no sería sino algo absolutamente obvio y sin interés. Y si, por el contrario, se hubiera querido significar que todos y cada uno de los empleos de los defectivos tienen necesariamente una motivación comunicativa -comunicativa interpersonal- entonces la tesis sería a todas luces incorrecta: ¿acaso no se pueden usar defectivos en el "lenguaje interior radicalmente para uno mismo"? Lejos, pues, de lo uno y de lo otro, es una perspectiva que podríamos llamar genético-funcional³ la que late en nuestro planteamiento: ¿Cuál es aquella función que, si bien puede en nuestro lenguaje ya plenamente constituido ser reemplazada por otras, sería sin embargo la única adecuada a la hora de explicar la génesis de ese tipo de elementos al que pertenecen los defectivos?

Pues bien, en el presente trabajo vamos a defender la propuesta de que no habría ningún elemento realmente asimilable al significado de los defectivos si no se hubiera originado en principio por y para la comunicación interpersonal. O, más concretamente, admitido que el significado de los defectivos es, como cualquier otro significado lingüístico, una unidad atencional en sí mismo, un elemento que es atendido de modo independiente, esa característica es la que no podríamos encontrar en los presuntos homólogos que se han querido ver de los defectivos dentro de la percepción no lingüística⁴.

³ En este enfoque que podríamos llamar genético-funcional (el que se pregunta cuál es la función capaz de haber generado por primera vez el elemento de que se trate) nos resultará más claramente necesario si leemos consideraciones que, como las de Spreafichi, 1989, dan la irrefutable impresión de estar apuntando a algo verdadero mientras y a la vez que son insostenibles en la forma que ahí adoptan. Spreafichi, 1989, p. 296: "Si una expresión emocional no estuviera dirigida a ningún oyente, en ese caso el hablante habría renunciado a usar el lenguaje". Y p. 297: "El hielo flota sobre el agua' se dirige a alguien que espera ver que tal cuerpo sólido se hundirá, y así es una oración que busca modelar las opiniones del oyente. Podría aquí objetárseme que otras veces el mismo enunciado, si es dirigido a un oyente que ya sepa que el hielo flota, será sólo una descripción y no esconderá ninguna otra fuerza implícita. Pero contra eso hay que decir que la fuerza de un enunciado no sufrirá modificación alguna si el efecto perlocutivo no llega a producirse". Huelga señalar cómo quien recoge tristemente del suelo sus gafas puede exclamar "¡Rotas!" por muy solo que se encuentre.

⁴ A pesar de que en el trabajo "'Hace tres días'/'Tres días antes'", Contextos, II, 1988, pp. 63-78, empezaba también haciendo una puntualización sobre como hay que entender el egocentrismo de los defectivos, no hay realmente relación entre la temática de aquel trabajo y

Ia) El puesto de los deícticos dentro de la escala simpráctico-sinsemántico: Afinidad situacional frente a afinidad atencional.

Como primer paso cara a abordar la elección entre las dos alternativas apuntadas, vamos a preguntarnos cuál es la situación de los deícticos dentro de la escala que, arrancando desde la comunicación perezosamente recostada en lo situacional, asciende a un esfuerzo explicitador cada vez mayor. Está claro que son, por un lado, más simprácticos -menos sinsemánticos- que los nombres propios: estos últimos resisten el paso a la escritura⁵, mientras que los deícticos no. Pero, por otro lado, los deícticos dan la talla en todo el lenguaje oral, mientras que otro tipo de recurso es comunicativamente funcional sólo en una parcela del lenguaje oral. Esta segunda comparación es la que ahora nos interesa.

¿Cuál es la diferencia entre un deíctico y una expresión como "¡Que frío!"; Nótese que esta última expresión puede ser proferida tanto por un hablante personalmente aterido como también por otro que, confortablemente instalado, ve a través del cristal de unos ventanales a alguien que en bañador se dispone a lanzarse a las gélidas aguas del río. Y nótese también que esa teórica ambigüedad de la expresión "¡Qué frío!" no obstaculiza de ordinario su feliz rendimiento comunicativo. Naturalmente, es el apoyo de la situación lo que logra ese feliz resultado. Pero lo

la de éste. En efecto, en "'Hace tres días'/'Tres días antes'", lo que buscaba era apoyar la idea de que el origen de esa parcela de la sintaxis que ejemplifican expresiones como "cerca de Juan", o "el padre de María" habría estado en el eslabón (metahabla aún no sintáctica, me gustaría llamarlo: "el "¡Papá!" de María", "el "cerca" de Juan") que sería el intermedio entre la complejidad de ellas y la mucho más fácil recepción de los deícticos 'no repetibles en eco por el oyente'.

⁵ En realidad, esa afirmación hay que matizarla dado que, como todo el mundo sabe y Burge, 1973, subraya, los nombres propios son multiaplicables. No quiere esto decir que yo suscriba la afirmación de Cohen, 1980, y García Suárez, 1984, de que la función referencial singular propia de los nombres propios es un rasgo de *parole* y no en absoluto de *langue*. Esa afirmación, en efecto, dejaría al mismo nivel a deícticos y a nombres propios, y olvidaría, pues, que la gama de los referentes posibles para un nombre propio es siempre mucho más restringida -sólo los Pepes o los Alfredos- que la gama de los que son en principio posibles para un deíctico. Pero aunque sea sólo bajo una forma mucho menos fuerte -bajo la forma de que las circunstancias del acto de *parole* influirían en la elección de justo el Pepe de la oficina-, está claro que no podemos dejar de matizar la calificación de no simprácticos que damos a los nombres propios.

situacional es también absolutamente necesario para la interpretación de los défticos. El interrogante que hemos, pues, obtenido de esta comparación es éste: ¿Son o no son del mismo tipo los apoyos situacionales de los que es forzoso disponer en un caso y en el otro?

Las expresiones como "¡Que frío!" (¿Llamamos 'mera impregnación' a ese tipo de recursos?) necesitan algo más que la coincidencia espacio-temporal de los interlocutores. Mientras que esta coincidencia basta para los défticos, la mera impregnación exige que los interlocutores estén atendiendo al mismo encuadre y estén enfocando tal encuadre bajo el mismo aspecto. Aquí quizá fuera conveniente traer a colaboración uno de los conceptos que Vygotsky⁶ señalara al tratar de cuán distintos pueden ser los esfuerzos exigidos al hablante en cada tipo de comunicación. El 'diálogo entre afines' lo podríamos, en efecto, entender en el sentido de esa coincidencia que va más allá de la meramente física, más allá del hecho de compartir un 'aquí' y un 'ahora'.

Esa conclusión, a saber, que los défticos necesitan un apoyo situacional menos intenso que las expresiones de mera impregnación, hace falta que la enlacemos ya por fin con nuestra cuestión primitiva, con nuestra pregunta de si la constitución de los défticos es o no primariamente comunicativa. Reformulando, pues, lo anterior, propondríamos que, si hubiera siempre seguridad de que entre hablante y oyente se da la coincidencia del tipo intenso, del tipo más profundo, entonces no habría necesidad de défticos. Luego los défticos son constitutivamente algo en función del oyente, y más en concreto, en función de la posible incompletitud de la coincidencia o afinidad del oyente con el hablante⁷.

⁶ Vygotsky, *Pensamiento y lenguaje*, ed. cit. en Bibl., p. 184-185. La escala desde lo más sinsemántico a lo más simpráctico sería: lenguaje escrito, lenguaje oral sin diálogo, diálogo entre no afines, diálogo entre afines, y (propuesta ésta de Vigotski que yo ya no comparto del modo pleno que compartía las de los otros peldaños) lenguaje interior radicalmente para uno mismo.

⁷ Como se ve, el motor de nuestro planteamiento es la pregunta de *por qué aparecen* los défticos. La pregunta inversa -¿*por qué en tantas ocasiones no aparecen?*-, ¿Cómo se explican las frecuentísimas "descripciones incompletas"?- ha impulsado otros estudios -Bach, 1988, p. e.- La oposición entre esos dos opuestos enfoques es, podríamos decir, la clave del presente trabajo.

Ib) Algunos hechos que pueden analizarse a la luz de la afinidad atencional.

Ib1) Los deícticos anómalos.

Un fenómeno para cuya descripción proponemos que puede servir el concepto de afinidad atencional es el de los 'deícticos anómalos' que Smith, 1989, ha sabido subrayar⁸. En efecto, para que en "Voy el último" (ejemplo de Smith), un "yo" (o morfema de primera persona) referido, no al hablante, sino al caballo-jinete objeto de la apuesta del hablante sea así interpretado, se necesita no sólo la "adopción",⁹ que es a lo que atiende Smith, sino también el que la adopción realizada por el hablante sea un hecho accesible para el oyente (Imagínese que éste no supiera en qué consiste un hipódromo, y estuviera ajeno a toda idea de competencia y apuesta). Podemos, pues, decir que los deícticos anómalos - o infractores de las reglas semánticas para ellos estipuladas - requieren una afinidad mayor, requieren justo el nivel de afinidad que es propio de la mera impregnación. Ahora bien, dado que la regla semántica estipulada para cada deíctico es la sustancia nuclear y definitoria de éste, la mencionada conducta de los anómalos viene a remachar la definición de los términos deícticos como el tipo de recursos designativos que, aunque exigen coincidencia situacional, pueden prescindir de la atencional.

Ib2) Dos adquisiciones infantiles, una de los comienzos y otra del niño ya mayorcito.

En primer lugar, nos fijaremos en una adquisición gramatical tardía, o más exactamente, en un tipo de fallo que se prolonga hasta una edad en que la mayoría de los aspectos de la gramática han sido dominados. Un niño

⁸ Por supuesto, el fenómeno de los deícticos anómalos era conocido desde mucho antes: piénsese en el llamado 'presente histórico'. Lo que Smith ha hecho ver es sólo la generalidad, que no deja fuera prácticamente a ninguna clase de deícticos, y también el carácter natural y nada chocante, gracias al cual los ejemplos que él nos da pasarían sin ser percibidos como anómalos por sus destinatarios.

⁹ Esa es la terminología que se adopta en Smith, 1989, p. 186. Pero en realidad no hubiese hecho falta crear ese nuevo tecnicismo, ya que los de 'role-taking', o 'imitación latente', o 'identificación', o incluso 'ponerse en los zapatos del otro' estaban ya consagrados, y lo recomendable hubiese quizá sido más que el añadir, el quitar.

llega a su casa, se pone a contar cosas del colegio, y dice: "La señorita ha dicho que *traigamos* un rotulador rojo". ¿Cabría atribuir ese fallo a una influencia de la forma del mensaje oído por el niño? ¿Cabría diagnosticar ahí un mero efecto-eco? Esa posibilidad se derrumba en cuanto observamos que ese mismo niño a esa misma edad, y aún antes, contesta a una orden como "Ven" con un "Yo no voy", o a un "Tráeme eso" con un "Yo no te lo llevo", p.e. Así pues, en el fallo que estamos considerando, el efecto-eco ha de combinarse con algo más que será la verdadera causa. En las réplicas gramaticalmente correctas, el niño, puesto que acaba de oír a su interlocutor y se dispone a replicarle, tendría como encuadre atendido el espacio real del acto del habla (el espacio que se pueden repartir los interlocutores de modo que cada uno tenga un 'aquí' suyo y un 'allí' del otro, cada par inverso y complementario del par del otro). Por el contrario, cuando el niño refiere en estilo indirecto la orden dada en el colegio por la profesora, es el colegio aquel espacio al que él está atendiendo, es en el colegio donde está su encuadre mental en tal momento. Y el niño se deja llevar por ese su encuadre mental sin tener en cuenta que la única coincidencia asegurada entre él y su interlocutor es la de que ambos están en la casa. En ese caso como en todos, el lenguaje obliga a calibrar cuál es la coincidencia asegurada, pero aquí la dificultad es mayor que de ordinario porque todo el espacio común a ambos interlocutores (el 'aquí' tuyo y mío, nuestro) cae ahora fuera del encuadre atencional del hablante. El fallo que estamos analizando se podría, pues, describir en línea con la motivación comunicativa de los défticos. Estribaría así en que el niño habría dejado de advertir el desajuste entre su encuadre mental y aquél en que probablemente se halle su interlocutor, y, por tanto, habría dejado de advertir también la necesidad de escoger los determinantes en función de la situación física por él y por su interlocutor compartida.

Pero pasemos a otra adquisición que podemos glosar del mismo modo que la anterior, es decir, en términos de que el niño llega a darse cuenta de que el encuadre atencional del oyente puede ser diferente al suyo. El niño -a edad mucho más temprana esta vez- aprende a usar "mi papa" o "mi padre" cuando se dirige a sus amiguitos, y el "papa" que antes le servía en toda ocasión queda, pues, reservado al habla con los familiares o con personas que él sienta muy cercanas.

Y es que el designador "papa" sin más determinantes no le señalará forzosamente al oyente un individuo concreto salvo que en materia de familia hablante y oyente dirijan su atención al mismo punto, es decir, salvo que a ese respecto haya entre los dos afinidad del tipo fuerte.

Ib3) Registro alocutivo, registro delocutivo y el "yo" y el "tú".

Una manera alternativa de formular nuestra definición de los deícticos sería la de hacer ver cómo los términos "tú" y "yo" no aparecen necesariamente por el mero hecho de que haya un hablante (esto, siempre, claro) y un destinatario (esto otro, la mayoría de las veces), o, lo que es lo mismo, cómo esos términos no se limitan a reflejar el registro alocutivo (quién habla a quién). Pensemos, en efecto, en una llamada -"¡Juan!"-, una petición -"¡Agua!"- o en la narración de un cuento. Aunque por las condiciones de producción de esos mensajes están muy claramente señalados el hablante y el oyente, a pesar de ello no hay en esos mensajes ningún elemento de significado que refleje al uno ni al otro: basta ahí la mera impregnación.

En ese sentido creo que la Primera Parte (1ª Recherche) de Jacques, 1979¹⁰, se equivoca cuando, a propósito del "tú" y el "yo" insiste únicamente en que reflejan el registro alocutivo. En efecto, si el hablante y el oyente no pasan a ser además objeto del discurso, es decir, si no inciden en el registro delocutivo (de que se habla) a la vez que en el alocutivo, en ese caso no habrá ningún término que los signifique. Contra lo que pretende Jacques, "el discurso sobre uno mismo, donde el hablante ha alienado su estatuto de hablante, y ha intentado ponerse a distancia y aprehenderse como desde fuera" (p. 42) no es en absoluto un 'uso poco propio' del "yo" lingüístico, sino que por el contrario ese deíctico no se puede dar si no es justo en esas condiciones. E igualmente es falso que sea "en vocativo, no designado ni descrito, sino invocado" (p. 44) como haya de estar paradigmáticamente el "tú" en el lenguaje, pues realmente el "tú" no aparece mientras que el destinatario no pasa a ser objeto de mención.

¹⁰ Al niño pequeño le sirve en toda ocasión. Le sirve no sólo como vocativo, caso en el que estaría usándolo al modo adulto, pues "¡Papá!" en vocativo es un deíctico, sino también en funciones distintas al vocativo, en las que ya no puede hablarse sino de mera impregnación, que en el niño pequeño rebasa el ámbito -la familia- dentro del cual es correcta.

Acercas de los défticos personales, esta su obligada incidencia en los dos registros -alocutivo y delocutivo-¹¹ nos indica lo mismo que venimos proponiendo acerca de los défticos en general. La función que constituyó originariamente y que mejor define a los défticos es la de hacer determinaciones y precisiones a las que, a juicio del hablante, el oyente podría no ser capaz de acceder a pensar de necesitarlas para su tarea. De ahí que, cuando el hablante puede suponer que para el oyente algo está claro sin necesidad de nada más (como, p.e., quién es el hablante y quién el destinatario). entonces no se incorporará al mensaje ningún déftico que refleje ese detalle¹².

II) En busca de la premisa que habría que añadir: ¿Tiene o no tiene que haber en la mera impregnación déftico implícito?

Hasta ahora, para intentar apoyar la propuesta de la constitución primariamente comunicativa de los défticos, hemos utilizado un solo recurso. En efecto, en todos los párrafos anteriores se ha venido en definitiva siempre a insistir en que el hablante no produce défticos cuando

¹¹ Jacques representa un intento meritorio, aunque quizá no muy conseguido, de aunar fenomenología y filosofía analítica, o más en concreto, el análisis lógico-lingüístico de la referencia con la noción de diálogo de la antropología continental.

¹² La solidaridad entre los dos registros la concede Jacques sólo para las referencias al mundo. Así, en la Tercera parte, habla, aunque muy brevemente, de la co-referencia, en la que debería a mi entender haber profundizado más, y en la que quizá su propósito hubiese encontrado salvación. Y habla profusamente y sobre todo del diálogo referencial, que es aquél a través del cual los interlocutores intercambiando, como un equipo de detectives, informaciones parciales llegan a descubrir la referencia a la que al principio apuntaban pero no conocían. Ese tipo de diálogo, con la no superioridad de ninguno de los interlocutores sobre el otro y con la alternancia de los roles locutivos, es usado por Jacques para intentar compensar la asimetría entre los dos défticos personales, que él reconoce y que debería haberle hecho desistir de su idea de fundamentar en esos défticos la conciencia que se tiene del otro. Pero lo que a nosotros aquí nos interesa es, repito, su identificación entre hablante y "yo", y entre oyente y "tu", o, para decirlo con nuestra terminología, entre lo captable por mera impregnación y el déftico explícito. Ese fallo es básico para la construcción toda de Jacques, 1979 : Seguramente todo habría ido mejor si él, en vez de intentar 'quitarle hierro' al hecho de que los dos défticos son uno y otro por igual recursos del hablante, hubiese añadido que serían recursos de un hablante capaz de reconocer la independencia de los procesos mentales de su interlocutor respecto a los suyos.

no los siente necesarios para que la comunicación con el oyente se lleve a efecto. Pues bien, ya es hora de preguntarnos si acaso eso tiene algún valor probativo. Pensemos en la posibilidad de que bajo los casos de mera impregnación subyaciera un nivel profundo totalmente explícito: si eso fuera así, entonces los défticos del nivel profundo, al ser ajenos a la comunicación, dejarían condenada sin remedio la propuesta aquí sugerida.

¿Es o no la déftica algo que esté presente en toda percepción, en todo pensamiento no verbalizado?: de ahí, pues, el interrogante que hemos de abordar. Para ello vamos a sostener que ese interrogante puede ser interpretado de dos maneras y puede, en consecuencia, recibir dos respuestas distintas, una afirmativa y otra negativa. En un primer momento, traeremos argumentaciones y alguna cita que dejen fuera de toda duda la condición déftica de las percepciones ajenas al lenguaje. En un segundo momento nos esforzaremos en desenganchar uno de otro esos dos conceptos que son 'condición déftica' y 'déftico lingüístico'; así, la fuerza de las para entonces ya mencionadas argumentaciones y citas no redundará en beneficio de la propuesta contraria a la nuestra, es decir, no inclinará la balanza hacia la consideración no comunicativa de los défticos.

IIa) La naturaleza déftica de toda percepción o advertencia de estado de cosas.

El espacio percibido es estructurado siempre por las coordenadas que se derivan del esquema corporal del perceptor: el espacio de arriba es siempre lo que está encima del perceptor, e igualmente sucede para lo de abajo, detrás... En ese sentido podemos decir que las percepciones son egocéntricas, o al menos podremos decirlo mientras que decidamos no atender a la etimología (la consideración etimológica, en efecto, se da de bruces contra el hecho de que el niño es máximamente egocéntrico justo cuando no es capaz de manejar el significado 'ego').

Dando un paso más, Perry, 1979, subrayó que es precisamente en la condición indéxica de ciertas creencias donde hay que buscar la causa de que tales creencias influyan en el comportamiento de quien la alberga. La causa de que alguien se ponga en movimiento a las doce de la mañana del 24 de Septiembre no estriba en su creencia de que es a las 12 del 24-IX cuando ha de celebrarse la reunión que le interesa, creencia que después de todo ha tenido durante varios días antes, sino en la creencia indéxica que

tiene justo a las 12 de ese día y que el podría verbalizar diciendo "La reunión es ahora" (El ejemplo es el de Perry, 1979, p. 4) Esta idea de Perry puede formularse con otra terminología. En efecto, los enunciados como: "Yo soy de Sevilla" son atómicos sólo aparentemente; en realidad, encierran dos informaciones (una, la de que T.B. es de Sevilla, y otra, la de que soy yo, T.B., quien lo dice) Y análogamente, "La reunión es ahora" expresa por un lado, el hecho de que la reunión es a las 12 del 24-IX, y, por otro lado, el de que ese esperado momento está llegando justo cuando produzco tal enunciado. Pues bien, es la segunda vertiente, la vertiente índice, la única que es responsable de que quien albergue tal creencia se ponga en movimiento camino de la sala de reuniones.

Pasando a ejemplos concretos, recordemos cuán a menudo se ha hecho notar que aquellos elementos que son expresados por "ir", "venir", "volver", "cercano", "lejano"... están indudablemente incluidos en las percepciones para cuya descripción se emplea alguno de esos términos. Y, dándole la vuelta a la observación anterior, podemos formular que si se examinaran percepciones de los más diversos tipos, será siempre el rasgo deíctico lo que nunca dejaremos de encontrar incluido en cada una de ellas¹³. Y ello será así tanto -subrayemos esto, que es importante- tanto, repito, si hay términos deícticos en la descripción lingüística que de tal percepción se haga, como si, por el contrario, no aparece deíctico alguno en la oración descriptiva.

IIb) Condición deíctica y deíctico lingüístico: Una diferencia de la que conviene preguntarse si podría ser detalle de interés.

Tras lo anterior, podemos dar por establecido que cada deíctico presente en una oración tiene su correlato en el contenido mental que es expresado por esa oración. Naturalmente, convendrá puntualizar que el correlato en el contenido perceptivo podría ser más preciso y rico que el significado lingüístico. En términos como "éste" y "ese", p.e., vemos claramente cómo la adecuada comprensión de sus empleos en una frase deja sin determinar

¹³ De la identificación entre hablante (u oyente) y "yo" (o "tú") es derivación y prolongación la conocida propuesta, encontrable tanto en generativistas como en enfoques veritativos de la semántica, de que toda oración lleva como supraordinada implícita la oración performativa 'Yo digo que'.

en cuál dirección exacta de entre la gama de direcciones a las que el hablante da cara estará el objeto en cuestión, o a que distancia estará ya el objeto más cercano, el señalado por "éste", ya el más lejano. Y en cambio, en la percepción están esos detalles en toda la riqueza de su realidad. Pero no es esa diferencia la que queremos subrayar. Así que, prescindiendo de la diferencia de riqueza o detalle entre percepción y lenguaje, asentemos que cada término deíctico tiene su correlato perceptivo.

Respecto a esos polos correlacionados, es fácil ponerse de acuerdo en que el polo lingüístico es incumbencia de los idiomas, mientras que el otro, el perceptivo, está construido con elementos más universales y naturales. Ahora bien, ¿es eso todo lo que hay de diferente? Está claro que hay otra diferencia; lo que es una cuestión ya nada clara es la importancia que esta nueva diferencia pueda tener.

¿Cuál es ese rasgo propio de lo uno y ausente de lo otro en el que queremos fijarnos? El término lingüístico acapara durante un instante -mientras es producido o mientras es recibido- toda la atención. En cambio, los detalles de la superabundantemente rica percepción se captan todos a la vez; podemos, desde luego, aislar una parte o aspecto. Así pues, frente a la unidad magmática de una percepción, la unidad de un todo sintáctico está construida por partes que tienen que ser objeto de interpretación¹⁴ una a una.

¿Que argumentos pueden darse a favor y cuáles en contra de la importancia de ese principio -el de "linealidad", más o menos-?¹⁵ Por un lado, es verdad que la oración al final habrá de comprenderse como una unidad; y ese 'sentido completo' unitario no es sólo aquello adonde debe

¹⁴ En ese sentido, los deícticos son un camino ideal para a su través abordar la cuestión que trataremos en IIb). Podría quizá decirse que son el camino mejor: piénsese, p.e., que el significado de los términos de color estaría, al contrario que los rasgos deícticos, circunscritos a las percepciones visuales únicamente. Y, llegados aquí, confesaré que eso ha sido decisivo a la hora de hacerme escoger el asunto del presente trabajo.

¹⁵ Subrayemos la exigencia de que las partes tienen que ser objeto de interpretación y no ser meramente recibidas. En efecto, el conteo no verbal que hasta el 7, hasta el mágico número 7, logran realizar animales "almacenadores" como urracas, cuervos, periquitos...., es un resultado de la retención simultánea de lo sucesivo, pero frente a esa semejanza con la comprensión lingüística presenta la diferencia que estriba en ese rasgo de lo lingüístico.

llegar el receptor, sino además aquello de lo que el productor al empezar su tarea ha partido. Por tanto, es sólo en una fase provisional que funciona como mero recurso instrumental hacia la meta, sólo ahí donde se da la composición de sucesivas unidades atencionales dotadas cada una de ellas de un significado propio.

Pero, por otro lado -por el bando que busca subrayar la importancia-, si no subrayamos esa condición de compuesto a partir de significados sucesivos, ¿no estaremos acaso dejando en la sombra justo aquella condición del lenguaje gracias a la cual éste es la base de la inteligencia específicamente humana? ¿No tendrá que ver la capacidad de construir un todo mediante distintos significados con la capacidad de combinar, recombinar y transformar elementos hasta dar con soluciones creativas?

Calibrar la importancia o falta de importancia de esa diferencia entre lenguaje y contenido mental prelingüístico, no puedo hacerlo ahora. Pero al menos vamos a explicitar las consecuencias que el optar por una respuesta o por la otra tendría en general, así como, más en particular, para la consideración de los défticos. Si la diferencia entre la unidad magnética de la percepción y la unidad compuesta de significados sucesivos que es la oración tiene poca importancia, entonces no se echaría nada en falta en un tipo de propuestas muy actuales. El rasgo en ellas desatendido no sería entonces nada decisivo, después de todo. De entre esas propuestas, la primera que citaremos, para empezar así con una que maneja un análisis de défticos concretos mencionado arriba por nosotros, es la de Calvo, 1987, p. 24, nota 25; y p. 14. Se habla ahí, en efecto, de un "significado puro, relación directa Cosa-Conciencia, que sería la privilegiada atalaya desde la cual se consigue interpretar el Significante-Significado de las lenguas". Como se ve, son sólo los afiliados a la opción contraria, es decir, sólo los partidarios de la importancia, quienes hubiesen podido preferir que a esas afirmaciones se añadiera una puntualización para marcar la diferencia entre el llamado 'significado puro' y los significados lingüísticos. Pero la más conocida de estas propuestas es, claro, la de Fodor y su mentales sintáctico, cuyo núcleo está también en otros muchos autores (en Schiffer, 1981, p. 92, se puede encontrar una presentación particularmente breve y clara). En Maloney, 1984, principalmente p. 261, se intenta una modificación empirista del lenguaje del pensamiento, y a la vez se pone un énfasis especial en la presencia de demostrativos en tal lenguaje (de

demostrativos puros, que es como se llaman los carentes de escolta descriptiva). A todas esas propuestas podrían, insisto, acusarlas de haber olvidado una puntualización decisiva sólo aquellos que optan por tomarse muy en serio el rasgo más o menos rotulable como linealidad lingüística.

Pasando ya a centrarnos en las repercusiones que una y otra opción tendrían sobre la problemática de los défticos aquí tratada, ¿Qué hay si se toma el partido de la poca importancia? Pues que entonces estaremos autorizados a postular en el contenido mental significados défticos atendibles separadamente, a postularlos aún allí donde la oración correspondiente no los muestre. En efecto, si a aquella diferencia entre parte de unidad magmática, por un lado, y unidad atencional integrable en otra de orden superior, por el otro lado, si a eso, repito, decidimos no darle importancia, entonces no hay el más mínimo peligro de que alguna percepción nos pudiera frustrar cuando queramos asignarle défticos asimilables a los del lenguaje. Todas las percepciones los contendrían, aunque en las oraciones correspondientes sólo en ocasiones se encontraría el resultado de una traducción desde déftico en *mentalese* a déftico en lenguaje natural.

Por el contrario, si optamos por considerar abismal y decisiva esa diferencia, en ese caso, la mera impregnación nos resultará un recurso de rango muy distinto al de los défticos. Estos, en efecto, no podrían ser explicados mediante un recurso tan automático y simple como el de la traducción a partir del correlato perceptivo, sino que deberíamos, para dar cuenta de ellos, invocar esa labor característicamente humana que consiste en construir una unidad a base de partes que hayan de ser objeto de interpretación cada una de ellas en un momento separado. Ahora bien, esa labor no se pone en práctica -propusimos arriba- si no es por necesidad comunicativa, o, más en concreto, si no es para compensar la falta de afinidad atencional que el hablante supone que existe entre él y el oyente. La percepción es indudablemente déftica, pero no habría verdaderos défticos mientras no se dé un esfuerzo comunicativo atento a las dificultades de comprensión que el oyente pueda encontrar.

Bibliografía

- BACH, K. *Thought and Reference*, New York, Oxford University, Press, 1988.
- BURGE, T.: "Reference and Proper Names", *The Journal of Philosophy*, 70, 1973, pp. 425-439.
- CALVO PEREZ, J.: "La doble asimetría del signo y su caracterización lingüística", *Contextos*, 10, 1987, pp. 7-27.
- COHEN, L. J.: "The Individuation of Proper Names", en *Philosophical Subjects: Essays presented to P.F. Strawson*, Z. van Straaten (ed.), Clarendon, Oxford, 1980.
- FARRELL-SMITH, J.: "Russell on Indexicals and Scientific Knowledge", en Savage, C. Wade, y C. Anthony Anderson (eds.). *Rereading Russell. Essays on Bertrand Russell's Metaphysics and Epistemology*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1989.
- GARCIA CALVO, A.: "Del Lenguaje, I," Madrid, Lucina, 1979.
- GARCIA SUAREZ, A.: "Nombres y Predicados", *Crítica*, vol. 2, 1984, pp. 3-32.
- JACQUES, F.: "Dialogiques: Recherches logiques sur le dialogue", P.U.F. 1979.
- MALONEY, J. CH.: "The Mundane Mental Language: How to Do Words with Things", *Synthese*, 59, 1984, pp. 251-294.
- PERRY, J.: "The Problem of Essential Indexical", *Noûs*, 1979, pp. 3-21.
- SCHIFFER, S.: "Indexicals and the Theory of Reference", *Synthese*, 49, 1981, pp. 43-100.
- SMITH, Q. "The Multiple Uses of Indexicals", *Synthese*, 78, 1989, pp. 167-191.
- SPREAFICHI, S.: "Austin e Searle: Oltre la 'grande divisione'", *Verifiche*, XVIII, 3, 1989.
- VYGOTSKY, L.S.: *Pensamiento y lenguaje*, ed. esp. La Pléyade, Buenos Aires, s.f.